

Gabino URÍBARRI BILBAO, *El Hijo se hizo carne. Cristología fundamental* (Col. "Verdad e Imagen" 218), Sígueme, Salamanca 2021, 379 pp. ISBN 10: 8430120815; ISBN 13: 9788430120819

Hoy no es posible realizar una cristología dogmática sin que afrontemos lo que se ha denominado cristología fundamental o, dicho de otra manera, no podemos exponer el contenido de la fe en Jesucristo como el Mesías, el Hijo de Dios y Salvador del mundo, sin tener en cuenta el desafío que nos plantea la cultura actual y las orientaciones metodológicas que estas nos exigen. Esa es la convicción del estudio monográfico de Gabino Uríbarri Bilbao, que nos ofrece un ensayo de cristología fundamental con el título *El Hijo de Dios se hizo carne*. Con ese nombre ya nos muestra la orientación esencial del libro: la identidad teológica de Jesús (Hijo) y su radicación histórica (se hizo carne). El punto de partida es una afirmación teológica de primer rango, a saber, la consideración de Jesucristo como el Hijo de Dios, presente en el Nuevo Testamento, especialmente en los títulos e himnos cristológicos y

sancionada después por el desarrollo dogmático de la Iglesia (Nicea – Constantinopla III). De esta manera nuestro autor quiere responder desde el inicio a los peligros actuales de la cristología, que él cifra en un llamado neonestorianismo. Pero junto a esta afirmación de principio –que afirma la identidad teológica de Jesús– se une la necesaria radicación histórica de este Hijo que se ha hecho hombre, asumiendo los condicionamientos y los límites que esta condición supone. De esta manera el teólogo de Comillas quiere dar toda relevancia y valor a la historia real de Jesús, tanto en lo que significa en la actual investigación histórica sobre él, como en lo que nuestro autor entiende con la expresión dinamismo encarnatorio. Frente al riesgo de (neo)nestorianismo cristológico, el jesuita no se conforma con afirmar la identidad teológica de Jesús como Hijo de Dios, sino que se esmera

en dar todo su valor a la realidad humana del Verbo en su integridad y en su dinamismo.

La obra está dividida en tres partes, formando en conjunto ocho capítulos. La primera dedicada al *diagnóstico* (caps. 1-2); la segunda a la *discusión* (caps. 3-6); la tercera a la *propuesta* (caps. 7-8). La primera parte presenta las corrientes (1) y los núcleos (2) esenciales de la cristología, teniendo en cuenta el contexto postmoderno y pluralista de nuestra cultura actual. La investigación histórica sobre Jesús –sin ser todavía propiamente *logos* de la fe sobre Cristo– ha sido una adquisición tan relevante en la teología que ha de tomarse necesariamente como punto de partida. Si la fe es fuente de conocimiento específico para la elaboración de una cristología, esta no puede prescindir del diálogo con la investigación científica, por fidelidad a la encarnación como forma suprema de revelación de Dios y como presupuesto para proponer la fe cristológica con credibilidad. Frente al contexto pluralista, la cristología no puede caer ni en el fundamentalismo ni en el relativismo; ha de mostrar la significación antropológica de su contenido y el alcance salvífico

universal de la persona de Cristo; así como su esencial relación con el Espíritu Santo (pneumatología) para superar definitivamente el cristomonismo aún latente en la tradición occidental latina.

La segunda parte se centra en la discusión en torno a dos cuestiones que ya han sido anticipadas anteriormente: el significado de la historia para la comprensión de la persona de Jesús y la fe en Jesucristo, y el desafío del contexto pluralista para el valor de la unicidad y universalidad de la mediación salvífica del Señor. En el cap. 3 expone las cuestiones de fondo y los resultados acumulativos de la investigación sobre el Jesús histórico. A pesar de que ya conocemos muchas exposiciones de este capítulo esencial de la cristología, resulta interesante releerlas desde sus claves más significativas y las aportaciones que ha ido haciendo cada una de las etapas más importantes de esta apasionante historia de la búsqueda del Jesús histórico. A juicio de Uríbarri estas son las piedras de toque a las que ha de enfrentarse esta investigación, especialmente en su tercera búsqueda, ante la cristología: la dimensión escatológica del Reino de Dios anunciado por Jesús; el

hecho y significado de su muerte; su relación con el nacimiento de la Iglesia y el significado teológico de la judeidad de Jesús. En el cap. 4 se profundiza en esta relación entre cristología e historia con dos tesis relativamente sencillas pero sustanciales: la cristología no puede prescindir de la historia (1ª); la cristología no se puede reducir a la historia (2ª). O, dicho de otra forma, para la cristología es necesaria la acreditación histórica de la persona de Cristo, aun cuando sea limitada, y por esta razón ha de mostrar la densidad teológica de esta historia desde los misterios de la vida de Jesús. Se sitúa así en la línea esbozada por autores tan relevantes, y por otro lado tan diferentes, como Guardini, Rahner, Balthasar, Alfaro, Ratzinger, quienes cada uno a su modo han pretendido poner en valor esta teología de los misterios de la vida de Cristo, vinculada a la tradición tomista (*STh* III, q 27-59), a la *devotio moderna* y a la espiritualidad ignaciana (*Ejercicios Espirituales*).

En el cap. 5 analiza el impacto que ha tenido la conciencia del pluralismo cultural y religioso en la cristología. En una actitud semejante a los capítulos anteriores, el autor acoge los

elementos positivos que ha provocado este cambio de paradigma sin silenciar los problemas teológicos que conlleva. Además de aspectos vinculados al relativismo, la cuestión de la verdad, la tolerancia, entre otros, el tema cristológico de más calado afecta al significado de la encarnación y el valor de la singular humanidad de Jesucristo. En este sentido, el profesor Uríbarri retoma las ideas expuestas de una forma más extensa en un libro anterior (*La singular humanidad de Jesucristo*, Madrid 2008), reinterpretando el dogma de Calcedonia y asumiendo su valor como respuesta al nuevo nestorianismo que en el fondo está en la base, aunque sea de forma implícita, en algunas propuestas pluralistas actuales (Jacques Dupuis). En esta lógica debemos leer el cap. 6, donde se explicita la necesidad de reinterpretar el dogma calcedonense como respuesta al neonestorianismo actual, aunque desmarcándose del neocalcedonismo que, por ejemplo, ha defendido Joseph Ratzinger. El autor muestra que se puede afirmar la unidad personal en la persona del Verbo, reconociendo a la vez la integridad de su naturaleza humana (naturaleza,

conciencia, acción, libertad). Frente al así llamado “neocalcedonismo” el teólogo jesuita entiende que “parece más recomendable un calcedonismo que asegure la mediación ascendente, salvaguarde la singular humanidad de Jesucristo, permita incorporar el dinamismo encarnatorio, otorgando todo valor a la historia de Jesucristo, sin renunciar en absoluto a ver en Jesucristo al Verbo encarnado” (pág. 265). Probablemente nos encontremos en el capítulo más técnico y complejo del libro ya que se introduce en los arduos debates en torno al III Concilio de Constantinopla y la teología de Máximo el Confesor.

Finalmente, en la tercera parte, expone la propuesta anticipada ya en los capítulos anteriores. La solución al envite historicista y pluralista, que esconde una relectura neonestoriana de la cristología, es la recuperación de una cristología pneumatológica que ponga de relieve la acción y el protagonismo del Espíritu en y sobre Jesús (cap. 7) en el acontecimiento de la encarnación, en la unción en el Jordán y en su presencia en la misión (exorcismos, oración, muerte). Esto nos permite reconocer en la persona del Verbo

un dinamismo real al asumir la verdad de la historia humana en su camino de perfeccionamiento y consumación (*teleiosis*). La propuesta de Gabino Uríbarri quiere recoger las aportaciones de Ireneo de Lyon, Teodoro de Mopsuestia y Máximo el Confesor, aun planteándola desde categorías y perspectivas propias de nuestro tiempo. Así, el jesuita afirma la necesidad de articular el eje ontológico y kerygmático de la cristología – que ha sido el determinante en la cristología clásica– con el eje dinámico e histórico –que quizá ha sido el descubrimiento más característico de la teología del siglo XX (cap. 8)–.

Nos encontramos con un valioso libro que expone de forma valiente y mesurada los desafíos cristológicos de la actualidad y plantea sin ambigüedad el método más adecuado para hacer cristología en este contexto cultural dominado por la mentalidad histórica, postmoderna y pluralista. Esperemos que pronto podamos leer el volumen dedicado a la cristología dogmática donde se expongan, en concreto y en directo, los contenidos fundamentales de la confesión de fe en Jesucristo como Hijo de Dios y Señor del cosmos.

Entonces podremos ver en todo su alcance y verificar en su valencia el diagnóstico, la dis-

cusión y la propuesta que aparecen expuestos en este volumen. El debate cristológico está abierto.

ÁNGEL CORDOVILLA  
*Universidad Pontificia Comillas, Madrid*